

la tensión, fragmentariedad y concreción de su escritura. La pulcritud entomológica por un lado y por el otro el misterio. O más bien, lo uno en lo otro, porque no se dan como realidades separadas. Pero designar su estilo, su manera de escribir, con un término tan seco como entomología es injusto porque hablamos no de una clasificación o cuidado sobre insectos muertos sino un ejercicio metódico llevado a cabo sobre palabras vivas, es decir: consigo mismo. Las palabras no son solo objetos (las vemos y las podemos analizar) sino también sujetos: nosotros mismos. Analizamos las palabras con las palabras mismas, hablamos de ellas con algo que nos constituye y que es indisociable de nuestro ser: el lenguaje.

Esa pasión descriptiva, esta fidelidad a lo fenoménico, tal como señala en su inteligente introducción Lozano, se apoya en una noción platónica de la contemplación. No es una mera aceptación placentera de lo exterior, sino que gracias a la contemplación alcanza su armonía profunda. Azorín parte de Platón pero desemboca en Schopenhauer, filósofo por el que sintió una fuerte atracción. Esta suerte de panteísmo de la contemplación no es apriorística sino resultado del estudio y de la observación. El puntillismo azoriano, su acentuación metódica del detalle, tiene que ver, como aclara

Lozano, con la noción platónica de la idea. Ningún detalle (personaje o suceso) puede entenderse aislado sino que forma parte, como señaló Ortega y Gasset, «de una serie ilimitada compuesta de elementos idénticos». La descripción, pues, no es una mera representación realista sino que trata de suscitar la idea de cada fenómeno. Al igual que Antonio Machado, que en boca de Mainera afirmaba que cada poética —e incluso cada poema— tenía su metafísica, Azorín cree en el alma de las cosas y en el alma del mundo, versión de la cosa en sí kantiana. Gracias al arte, a la literatura, esta «voluntad» schopenhauriana, esa sustancia del mundo, se exterioriza, se objetiviza, a través del artista. Esto es, tal vez, demasiada filosofía, porque al fin y al cabo estamos hablando de obras que algo dicen, que son una imagen (o muchas), de la vida, un testimonio de la vida, pero sin duda ayuda a comprender la coherencia de la obra azoriana, sus propósitos y logros. Esta amplísima antología, que sin duda servirá para rescatar al gran escritor de la masa de sus escritos, permitirá también al lector curioso aventurarse en los volúmenes no antologados, aunque sin duda encontrará en estas páginas lo más granado de su producción.

Juan Malpartida

En América

El mito jesuítico

La obra narrativa de Augusto Roa Bastos gira en torno a los grandes momentos que estructuran la historia del Paraguay: la dictadura de Gaspar Francia (*Yo el Supremo*), la Guerra Grande o de la Triple Alianza (*El fiscal*), la Guerra del Chaco (*Hijo de hombre*). Faltaba a esta serie el gran mito paraguayo moderno: las misiones jesuíticas del siglo XVIII, que dieron lugar a otra guerra de exterminio, la Guerra Guaranítica, en la cual los gobiernos de España y Portugal acabaron con el poder de la Compañía y sus intentos de fundar la ciudad utópica e ideal que movió la curiosidad de ciertos ilustrados como Voltaire y el abate Viscardi.

Ahora se ha llenado el hueco con *La tierra sin mal*, una pieza de tea-

tro recientemente estrenada en Asunción con puesta en escena, escenografía, luces y actuación de José Luis Ardissonne. Un gran despliegue de medios (actores, bailarines y coro) atrajo al público que concurrió a una primera serie de casi cien funciones en la sala Arlequín de la capital paraguaya.

Como es habitual, la crítica ha encontrado en el texto de Roa una reflexión sobre lo inevitable y enigmático del poder en la conformación de las sociedades humanas, así como el diseño del destino de su país, un pueblo que siempre renace tras conflictos genocidas y que, por su condición de «isla de tierra» en el corazón de América del Sur, sugiere la presencia excepcional de la Utopía en suelo mediterráneo.

El fondo de la maleta

Para no olvidarse de Coudenhove-Kalergi

Europa se integra. Tenemos Maastricht, euro, entente defensiva y una Unión con cada vez más aspirantes a jugar en primera. Estos logros han sido motivo para recordar a los fundadores: Jean Monnet, Robert Schuman, Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi, todos ellos políticos católicos. En efecto,

Europa es una invención romana (del imperio, de la república imperial, del Tratado de Roma) y la Iglesia, en tanto entidad ecléctica, ha heredado esa imagen de reunión inventada por los romanos. Ecléctica y no dogmática: una Europa que ostente una civilización y numerosas culturas, no una Europa identifi-

cada sólo con el cristianismo y excluyente de las sobras. A esa la conocemos de sobra y es la Europa de las guerras de religión y las dos mundiales.

Pero nadie se ha acordado del primer albañil de la casa, Richard Coudenhove-Kalergi (1894-1972), fundador del movimiento Paneuropa en 1923. Fue un curioso europeo en el mejor sentido de la palabra: un mestizo. Por parte de padre, tenía ancestros flamencos, bohemios y cretenses. Los Kalergi habían alquilado su palacio veneciano a Richard Wagner y de ahí el nombre de nuestro personaje. Su padre, Heinrich, había sido embajador austrohúngaro en Constantinopla, Buenos Aires y Tokio, ciudades excéntricas. En la capital japonesa conoció a Mitsuko Aoyama, con la que se casó, mestizando todavía más el currículo familiar. De su madre obtuvo Coudenhove unos ojos rasgados de galán en amores exóticos del cine mudo. Y algo así habría de ocurrirle: se unió a una actriz, Ida Roland, lo que provocó la repulsa de su aristocrática familia y le señaló su vocación pública: el libro, la militancia paneuropea, la bohemia dorada de los artistas, intelectuales y diplomáticos.

Coudenhove era cosmopolita por destino y buen gusto, cosmopolita como la nobleza y la intelectualidad de aquella legendaria Viena anterior a 1914, donde germinaba, desde luego, el nacionalismo militante del

que surgiría Hitler. Este nacionalismo empezó a rechazarle por razones estéticas, como plebeyo y pequeño-burgués. No era distinguido y la distinción era para Coudenhove la base de la ética. Una ética platónica que se reconocía en la precisa distinción de lo bello y lo feo. Así intentó explicarlo en su libro *La objetividad como principio básico de la moral* (1913), donde opone la moralidad de lo objetivo (la forma, lo universal, lo racional) a la inmoralidad de lo subjetivo, lo que no pasa del uno al otro. Ideal clásico, si se quiere, ideal que va de lo estético a lo político, a lo convivencial.

Sus ideas políticas eran tan mestizas y universales como su historia familiar: admiraba la modernidad de los Estados Unidos frente al arcaísmo nacionalista de los imperios europeos, raíz de la guerra, y quería una sociedad donde una aristocracia intelectual administrase una economía socializada. Con todo, los consejos revolucionarios de Munich en 1919 lo dotaron de un persistente horror al comunismo efectivo. En todo caso, su principio de nobleza y belleza (todos queremos ser nobles y bellos, somos animales estéticos) se oponía a las verdades reveladas del monoteísmo y buscaba lo ético en la naturaleza moral del hombre, no en su devoción sumisa a la divinidad.

Así fundó Paneuropa en 1923, inspirándose en la Panamérica de A. H. Fried, y celebró su primer con-

greso en 1926. Reunió a intelectuales y políticos. La lista sería interminable. Baste recordar a los contados españoles que le hicieron algún caso: Ortega, Unamuno, Cambó, Fernando de los Ríos. Rescato el emblema elegido, color oro y sangre: el sol de Apolo y la cruz de Cristo, la utopía nietzscheana del placer y el dolor, el sacrificio de Dionisos en la cruz, el despunte del nuevo día sobre el coágulo de la guerra, el tiempo como amanecer en el patíbulo.

Pero hay algo más y quizá lo más ponderable en el proyecto de Coudenhove: no haberse limitado a la proclamación idealista de una Europa unida porque así aparece, armoniosa, en los museos y las bibliotecas. Coudenhove percibió, con agudeza, que Europa no estaría unida si seguía debatiéndose en una maraña de aduanas y un caos de monedas, si franceses y alemanes no armonizaban sus industrias pesadas. Por eso convocó a banqueros como Rotschild y Warburg, a industriales como Heinemann y Mayrisch, organizó comités de empresarios en varios países y recibió apoyos políticos variados, lo mismo que oposiciones cerradas, que íbamos a conocer, reproducidas, en años posteriores: la Unión Soviética, Mussolini, el Papa Pío XI, la dirigencia inglesa, muy ufana de su imperio autosuficiente.

Cuando Hitler anexó Austria, Coudenhove huyó a París y en 1940, ante el avance alemán, a Nueva York, vía Lisboa. Pudo rescatar algunos objetos de su mansión vienesa y se ganó la vida enseñando historia. Ni Roosevelt ni Stalin, futuros administradores del mundo, lo vieron con simpatía, pero sí Truman, cuando se organizó la posguerra hostil y Churchill, desprovisto de imperio, se puso europeísta apasionado. Adenauer, antiguo seguidor de Coudenhove cuando regía el ayuntamiento de Colonia en tiempos republicanos, se fue convirtiendo en uno de los mentores de la Unión Europea Occidental, el Consejo de Europa, el Euratom. Coudenhove volvió a la carga. Ahora, los tiempos le resultaban favorables. Georges Bidault, ya en 1948, empezaba a pedir un parlamento europeo, elegido por los parlamentos nacionales.

Herr Richard vivió lo bastante como para advertir la derrota del ultranacionalismo y la organización de una Europa convivencial, pacífica y laboriosa. Si quedó extemporáneo en el continente del armisticio (no de la paz) de 1919-1939, la historia le preparó un premio consuelo a la paciencia y al trasfondo de la riqueza cultural de Europa: ser confín, tierra de invasión, mezcolanza, devenir. No conviene olvidarse de Richard Coudenhove-Kalergi.